

Una narrativa de la transición mexicana*

A Narrative of the Mexican Transition

Victor Manuel Reynoso Angulo**

Muy probablemente la primera pregunta del lector al más reciente libro de José Woldenberg sea sobre el análisis de las elecciones presidenciales del 2006 y 2012. La respuesta es tácita: el libro concluye en 2000. Según esta *Historia mínima*, ahí se cierra la transición en México y a partir de entonces tenemos en el país un sistema democrático.

La pregunta sin duda es pertinente. El autor tiene una larga y reconocida trayectoria como estudioso y crítico de las elecciones mexicanas. Antes fue militante de la izquierda mexicana, lo que lo llevó a la cárcel por unos días. Fue además presidente del Consejo General del IFE (1996-2003) en la única elección presidencial organizada por ese instituto que no ha sido cuestionada, la del 2000. Se le reconoce una autoridad académica y moral como a pocos.

Su respuesta también es pertinente. Quienes busquen lo que Woldenberg piensa de las elecciones del 2006 y 2012 lo encontrarán en diversas publicaciones. Sobre su perspectiva de la democracia mexicana hoy vale la pena leer su ensayo “Los déficits de la transición democrática”.¹ Que la transición a la democracia haya concluido no significa que lo haya hecho la historia política del país.

La idea de esta *Historia mínima* es que en un proceso de 20 años (1977-1997) el país transitó de un “sistema de partido hegemónico... de elecciones sin competencia” a “un sistema plural de partidos... [de] elecciones altamente competidas”. Fue un cambio basado en lo electoral, pero el autor rechaza que se haya limitado a ese ámbito, pues “el pequeño mecanismo

De Política, REVISTA DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE CIENCIAS POLÍTICAS / Año 1, núm. 1, julio-diciembre de 2013. pp. 143-146.

* José Woldenberg, *Historia mínima de la transición democrática en México*, México, El Colegio de México, 2012, 150 pp.

** Profesor investigador de tiempo completo en la Universidad de las Américas Puebla, México (vmra58@yahoo.com.mx)

¹ En José Ramón Cossío y Enrique Florescano, *La perspectiva mexicana en el siglo XXI*, Conaculta/Fondo de Cultura Económica, México, 2012.

comicial” dio lugar a una serie de importantes transformaciones en las instituciones claves del país: la presidencia, el congreso, el federalismo, el poder judicial. Estas instituciones políticas, que forman lo medular del Estado mexicano, son hoy notablemente distintas de lo que eran antes de la transición.

La transición mexicana fue peculiar, nos dice el libro, porque no tuvo un momento fundacional (a diferencia de las transiciones en Europa meridional, como España y Portugal), pues el marco constitucional mexicano ya era democrático. Se distinguió de las transiciones sudamericanas en que no fue un regreso al pasado interrumpido por dictaduras. La transición construyó las dos piezas que le faltaban al país para tener una democracia: “un sistema plural de partidos” y “un sistema electoral capaz de ofrecer garantías de imparcialidad y equidad”. Estas dos piezas son los ejes rectores de la transición mexicana.

La primera le permite a Woldenberg considerar que la transición se inició en 1977. Para algunos esta fecha expresará un sesgo del autor, militante de la izquierda mexicana en esos años. Zaid ha escrito que la reforma electoral de 1977 “logró el registro del PCM [Partido Comunista Mexicano], lo cual fue decisivo para que la vía electoral se volviera respetable en los medios universitarios, aunque estaba claro que el gobierno organizaba las elecciones para legitimarse, no para devolver el poder a la sociedad”². Dicha reforma, ciertamente, aportó poco o nada a la imparcialidad y equidad electoral, condición indispensable para la democracia. Pero sí amplió la pluralidad del sistema de partidos, dinamizó a la Cámara de Diputados federal y preparó el cambio en el sistema electoral, de uno controlado por un solo partido a otro con competencia en las urnas.

El segundo eje, la imparcialidad y equidad de las elecciones mexicanas, le permite concluir la transición con la reforma electoral de 1996 y con las elecciones que le siguieron, la intermedia de 1997 y la presidencial del 2000.

La narración de este proceso de se inicia con un discurso y termina con otro. El primero es el de Jesús Reyes Heróles en abril de 1977 en Chilpancingo, el mismo día en que el gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa, presentaba su segundo informe. Ahí el entonces secretario de Gobernación anunciaba lo que sería la célebre reforma política de ese año. El segundo es el del candidato ganador en la elección presidencial

² *Adiós al PRI*, México, Océano, 1995, p. 13.

del 2000, Vicente Fox. Los breves párrafos seleccionados acotan las dos décadas en las que buena parte de la atención de la opinión pública nacional se volcó sobre las elecciones, en las que la política, y en particular lo electoral, parecía ser eje de la vida de la nación.

A lo largo del libro se intercalan párrafos de distintos autores y actores que le dan un tono interesante a esta narración de la transición, pues recuperan coyunturas específicas y relevantes para el cambio analizado. Podemos leer a López Portillo comentando su experiencia de haber sido el único candidato único a la presidencia en 1976. También crónicas y comentarios sobre la primera campaña de un candidato de la izquierda independiente, Arnoldo Martínez Verdugo en 1982, que dio lugar al primer mitin de la oposición en el zócalo de la capital desde 1968. Las opiniones del chihuahuense Luis H. Álvarez sobre las elecciones de 1983 y 1986 en su estado. El célebre desplegado sobre la elección de gobernador en Chihuahua en 1986, con firmas tan disímiles y prestigiadas como las de Octavio Paz, Monsiváis, Zaid, Aguilar Camín, Lorenzo Meyer y otros. Lo hecho público por tres candidatos derrotados en la elección presidencial de 1988 en su “Llamado a la legalidad”. Sobresale la declaración de guerra del EZLN en 1994 y el discurso de Colosio en el PRI el 4 de marzo de ese año.

La lectura de estas voces, bien colocadas en su contexto por Woldenberg, es ilustrativa tanto para quienes las leímos en la prensa de la época como para quienes no las vivieron, no tienen de ellas memoria viva y son por tanto historia. Historia sin la que no se puede comprender la situación actual de la política mexicana.

Entre los ejes más importantes del libro está el análisis de las reformas electorales. La transición consistió en el cambio tanto de las reglas del juego como de los organizadores y árbitros de éste. Quien quiera saber cómo las distintas reformas electorales entre 1977 y 1996 dieron lugar a un nuevo sistema político encontrará aquí la respuesta. Difícilmente podrá encontrarse un tratamiento de este proceso, árido como casi toda cuestión legal, con la amenidad, claridad y pertinencia logradas por el autor. Ahí puede verse lo mucho que se avanzó en distintas cuestiones de este ámbito durante esos 20 años, incluyendo algunos retrocesos como la reforma electoral de 1986 que concentró más el control del organismo electoral en el PRI.

Comenté al principio de esta nota que de las tres elecciones organizadas por el IFE ciudadanizado la única incuestionada ha sido la del 2000,

cuando el autor del libro comentado era presidente de ese Instituto. Hay algo de buena suerte en ese desenlace, la conjunción de tres factores que no se dieron en 2006 y 2012: 1) una diferencia amplia entre el ganador y el segundo lugar; 2) la derrota del partido en el poder, el que tiene más probabilidad de manipular la elección y 3) un perdedor responsable, capaz de aceptar su derrota. Pero además de buena suerte, puede que haya pesado también “el divino laberinto de los efectos y de las causas”, la relación entre la calidad moral de José Woldenberg y de otros varios consejeros que organizaron esa elección (causa) y el resultado de la misma (efecto).

Esta *Historia mínima* que ahora nos presenta El Colegio de México es, como ya se comentó, una clara, parca y lograda narración de los cambios que dieron lugar a un nuevo sistema político en México. ¿Es también una narrativa? La diferencia estaría en que la segunda está más cargada de valor, o más bien, de significado. Pretende tener un sentido: apuntar hacia algo, trascender los hechos que narra. A pesar de la parsimonia del autor, de su parquedad valorativa, de su apego a los hechos, de que da voz a actores de las principales perspectivas políticas, creo que sí hay aquí una narrativa. O quizá sea por todo eso que el relato, el análisis y la valoración del cambio político en México en las dos décadas tratadas constituyen una narración con sentido, una narrativa.